

Rebecca Donner

La frecuente oscuridad de nuestros días

Una estadounidense en la resistencia
alemana contra Hitler

Traducción de Francisco J. Ramos Mena

Introducción

Su objetivo era desaparecer. Cuanto más invisible fuera, más posibilidades tendría de sobrevivir. En su diario anotaba lo que comía, leía y pensaba. Lo primero era del todo anodino; lo segundo y lo tercero no. De ahí que escondiera el diario. Cuando sospeché que la Gestapo estrechaba el cerco, lo destruyó. Probablemente lo quemó.

Formaba parte del temible núcleo de la resistencia alemana, pero ella no era alemana, ni tampoco polaca, ni francesa.¹ Era estadounidense, y además lo era de forma llamativa. Los hombres que reclutaba adoptaban diversos nombres en clave: *Manco*, *Radiante*, *Obrero*... Ella no actuaba al amparo de ninguno. Aun así, era escurridiza.² La naturaleza de su trabajo requería un absoluto secretismo. No se atrevía a decírselo a los miembros de su familia, que estaban dispersos por los pueblos y las granjas lecheras del Medio Oeste estadounidense. Todavía seguían desconcertados por el hecho de que a los veintiséis años se hubiera subido a un barco de vapor y hubiera cruzado el Atlántico, dejando atrás a todos sus seres queridos.

Su familia es la mía. Nos separan tres generaciones. Ella prefería el anonimato, así que solo susurraré su nombre: *Mildred Harnack*.

En 1932 celebró su primera reunión secreta en su apartamento: un puñado de activistas políticos que a finales de la década se convertiría en el mayor grupo de resistencia clandestina de Berlín.³

Durante la segunda guerra mundial, su grupo colaboró con una red de espionaje soviética que conspiraba para derrotar a Hitler, empleando agentes y operativos en París, Ginebra, Bruselas y Berlín. En el otoño de 1942 la Gestapo se le echó encima. La metieron en la cárcel, junto con el resto de conspiradores. En un juicio convocado a toda prisa en el Reichskriegsgericht —el Tribunal Militar del Reich—, un fiscal que se había ganado el apodo de *Sabueso de Hitler* los acribilló a preguntas.⁴

Mildred se sentó en una silla de madera al fondo de la sala de justicia. Varios oficiales nazis de alto rango ocupaban otros asientos. En el centro de la sala había un tribunal de cinco jueces. Todos los presentes eran alemanes, excepto ella.

Cuando llegó su turno, se acercó al estrado. Estaba demacrada, con los pulmones destrozados por la tuberculosis que había contraído en la cárcel. No se sabe cuánto tiempo permaneció allí; los documentos que se han conservado no especifican a qué hora comenzó a interrogarla el fiscal ni a qué hora terminó. Lo que sí se sabe es que las respuestas que ella le dio eran mentiras, auténticas bolas.⁵

Los jueces la creyeron. Le impusieron una pena considerada leve: seis años de trabajos forzados en un campo de prisioneros. Dos días después, Hitler anuló el veredicto y ordenó su ejecución. El 16 de febrero de 1943 la sujetaron con correas a una guillotina y la decapitaron.

Después de la guerra, el Cuerpo de Contrainteligencia del ejército estadounidense (CIC, por sus siglas en inglés) abrió una investigación. «Las acciones de Mildred Harnack son loables», observaba un funcionario del CIC en 1946, señalando que tenían un «expediente bastante extenso» sobre ella.⁶ «Es muy posible que la investigación revele la comisión de un crimen de guerra», escribía otro.⁷ Pero un colega de mayor rango les reprendería más tarde en un escueto memorando: «Este caso está clasificado como S/R [secreto/restringido] y *no debería* haberse remitido para ser investigado. Retiren el caso del Destacamento “D” y *no prosigan* con la investigación».⁸

De modo que el CIC enterró el caso. El motivo no saldría a la luz hasta más de cincuenta años después.

Aun así, la historia se filtró. El 1 de diciembre de 1947, el *New York Times* publicó una noticia que llevaba por título «Hitler decapitó a una mujer estadounidense como represalia personal en 1943».⁹ «Con un conocimiento exhaustivo del movimiento de resistencia clandestino alemán, Mildred Harnack resistió valerosamente las torturas de la Gestapo sin revelar nada», señalaba el artículo. Aquella misma semana, el *Washington Post* la elogiaba como «uno de los líderes de la resistencia clandestina contra los nazis».¹⁰ Los lectores de ambos periódicos probablemente se sorprendieron al saber que había existido siquiera una resistencia clandestina activa en Alemania.

Un problema crucial para cualquiera que quisiera escribir sobre su grupo era la falta de pruebas documentales.¹¹ Hasta 1989, tras la caída del Muro de Berlín, no salió a la luz un valioso conjunto de documentos ocultos en un archivo de Alemania Oriental.¹² Varios años después, Rusia permitió a los historiadores echar un vistazo a sus archivos de inteligencia exterior;¹³ y en 1998, en virtud de la Ley de Divulgación de los Crímenes de Guerra Nazis, la CIA, el FBI y el ejército estadounidense empezaron a hacer públicos registros hasta entonces clasificados como de alto secreto, un proceso que continúa hoy en día.¹⁴ Actualmente tenemos un conocimiento mucho más rico en matices de la resistencia clandestina en Alemania, pero siguen existiendo imprecisiones en los datos. Los detalles sobre Mildred Harnack son escasos y a menudo incorrectos. Y las cenizas de su diario no pueden corregirlos.

Pese a su deseo de permanecer invisible, Mildred dejó un rastro que podemos seguir.

En ese rastro hay documentos oficiales —archivos de la inteligencia británica, estadounidense y soviética— de considerable volumen.¹⁵ Luego están los documentos extraoficiales, que revelan verdades más profundas. Están las cartas que ella escribió, y las cartas que le escribieron o que escribieron sobre ella otras personas. Sus familiares y amigos dejaron tras de sí notas, agendas, diarios, fotografías, testimonios... No se puede decir que entre

ellos haya un consenso en torno a la mujer que conocían, o creían conocer. Para muchos fue un enigma, que inspiró toda una serie de conclusiones contradictorias acerca de quién era y por qué hizo lo que hizo.

La mayoría de quienes la conocieron no han pasado a la historia. Los que aún viven tienen más de noventa años. Pero había una persona a la que me interesaba encontrar más que a ninguna otra.

Cuando conoció a Mildred era solo un niño, lo bastante joven como para ser su hijo. Lo localicé y le imploré: *¿Qué le decía? ¿Cómo entraba en las habitaciones? ¿Alguna vez la oyó llorar? ¿Cantar? ¿Confiaba en usted?...*